

Antología médico-literaria El doctor inverosímil

Ramón Gómez de la Serna (1888-1963)

*Ser un tífico nos da miedo, por lo que de denigrante
y de alfeñicador hay en eso de decir:
«¡Es un tífico!...» Hay palabras que cambian
y crisan nuestra naturaleza, y ésa es una: «¡Tífico!»
Se vuelve uno pequeño, delgado, estrangulado,
escurrido y retorcido, al ser un «tífico».*
El doctor inverosímil (1921)

A Ramón Gómez de la Serna (nacido en Madrid, en 1888; fallecido en Buenos Aires, en 1963) se le recuerda hoy, sobre todo, por su creación más original: la greguería, intuición lírica que el propio Gómez de la Serna definió con la fórmula «greguería = metáfora + humorismo». Metáfora y humorismo son los elementos esenciales de la greguería, sí, pero también atrevimiento y cuchufleta, chirigota y sinécdoque, metonimia y aforismo, adivinanza y paradoja, epanadiplosis y adagio, paremia y tropo, hoja de almanaque y retruécano, hipérbolo e hipérbato, homonimia y paronimia, anáfora y jitanjáfora, asociación ingeniosa de ideas y cabriola irónica, y todo ello en un breve enunciado verbal. Tal vez el mejor modo de entender qué es la greguería pueda ser traer aquí un pequeño florilegio de greguerías médicas:

Angina pectoris es un latinajo que estalla en el pecho.

La medicina ofrece curar dentro de cien años a los que se están muriendo ahora mismo.

Reúma es tener dolor de cabeza en las piernas.

Para lo que más fuerza necesita el enfermo es para abrir el frasco de la medicina.

Todos quisieran tener dos hígados para quejarse de los dos.

La homeopatía es la medicina de los avaros.

Aquel tipo tenía un tic, pero le faltaba un tac: por eso no era reloj.

Se dice dentífrico, suena a dentrífico, pero sonaría más a dientes si fuese dientrífico.

Apendicitis: dedil carísimo.

El cerebro es un paquete de ideas arrugadas que llevamos en la cabeza.

Las costillas nos sirven para situar los dolores: «Me duele entre ésta y ésta».

El corazón se para muchos ratos, pero late solícito, zalamero y sobresaltado cuando el doctor lo ausculta.

El bacilo no vacila en contagiarnos.

Cuando el doctor se pone sus auriculares para reconocernos y dice: «Esto no me suena bien», es como si quisiera oír por la radio de nuestro pecho la Filarmónica de Londres.

Taquicardia: el corazón comienza a escribir en taquigrafía.

Los orgullosos dicen «columna vertebral» y los modestos «espina dorsal».

El termómetro parece haber sido hecho con la mala intención de que no veamos la línea de la temperatura.

El jugo pancreático es el jugo más griego que poseemos.

La tos es el ladrido de los pulmones.

El estornudo es la interjección del silencio.

Lo malo es cuando los glóbulos rojos se quedan en calzoncillos, convirtiéndose en glóbulos blancos.

Roncar es tomar ruidosamente sopa de sueño.

Tenía tan mala memoria que se olvidó que tenía mala memoria y comenzó a recordarlo todo.

Lo importante no es tener o no tener microbios, sino tenerlos o no amaestrados.

Las acelgas saben a consejo de médico.

La morcilla es una transfusión de sangre con cebolla.

De lo único que no hay operador que opere al hombre es del túmulo.

¿Por qué en vez de pedicuro no se dice «curapiés»?

El reloj de pulsera atrasa en los hipotensos y adelanta en los hipertensos.

Al sacar sus lentes del estuche, el doctor se pone el termómetro de mirar, la clave del diagnóstico.

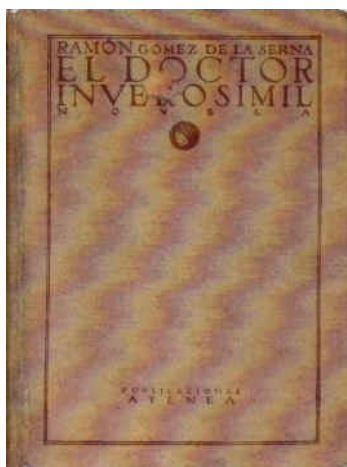
La jaqueca es la coquetería del dolor de cabeza.

Las moscas hacen el gesto de lavarse las manos como diciendo: «¡Ah, nosotras no tenemos la culpa si somos contagiosas!».

Más allá de la greguería, no obstante, Gómez de la Serna* brilló con luz propia como pionero del vanguardismo literario español y uno de los escritores más originales de nuestra literatura, siempre agudo, inteligente y de ingenio inagotable. Difundió las tendencias literarias de vanguardia a través de la revista *Prometeo* y fundó en 1914 la tertulia literaria del Café Pombo, que se convertiría en el centro de reunión intelectual y literaria de la época. Autor prolífico, la fecundidad literaria de Gómez de la Serna —primero en España y luego en la Argentina— rayó lo inverosímil: escribió artículos periodísticos, apuntes, greguerías, conferencias y cuentos, cultivó la novela (*La viuda blanca y negra*, *Gran Hotel*, *El torero Camacho* y otros trece títulos más), el teatro (*Escaleras*, *Los medios seres*), el ensayo humorístico (*Lo cursi*), la crítica de arte (*Isomos*), el género biográfico (*Azorín*, *El Greco*, *Valle Inclán*) y la autobiografía (*Automoribundia*, *Cartas a mí mismo*), siempre con fino sentido del humor y un estilo literario propio, el ramonismo, en el que destaca su concepto del arte como juego y la audacia de sus recursos expresivos.

* Extensa bibliografía sobre la persona y la obra de Ramón Gómez de la Serna en: <www.ramongomezdelaserna.net/Abc4.estudios.htm>.

Para la antología médico-literaria de *Panace@* hemos seleccionado una obra poco conocida de Ramón Gómez de la Serna, coincidente con la introducción de los escritos de Sigmund Freud en España. *El doctor inverosímil* (1921) está integrado por más de un centenar de breves relatos independientes, en los que el susodicho doctor inverosímil resuelve del modo más insólito una serie de extraños casos clínicos. Veamos algunos pasajes escogidos de cinco de ellos:*



■ El sabio doctor en medicina

El caso más interesante y complicado de los que he resuelto ha sido el de un doctor en medicina. No digo su nombre porque es el de uno de los más afamados y de los que más clientela tienen y le podría perjudicar esta confesión.

Una mañana me despertaron diciéndome que el gran doctor me rogaba que fuese a verle inmediatamente.

[...] Estudié a aquel hombre. Su vida se dividía en dos mitades. Una, frívola, de descanso, de molicias, de *confort*, de chaquet, de teatros, durante la que apenas pensaba aun bajo su rostro de hombre sagaz, su rostro engañoso de doctor, y la otra mitad llena sólo de un exagerado sentimiento del deber, dedicada sólo a sus visitas. Faltaban en su vida horas íntimas, independientes, salvadoras, de esas en que todo se asimila, se desdeña o se aprecia por razones entrañables.

Era doctor de amplias vitrinas donde brillaban todos los objetos de acero, muchos más que necesitan todas las operaciones, algunos para casos que no han sucedido nunca en la vida, casos como los de esas operaciones consecutivas que aun podría sufrir el muerto en la muerte si en el otro mundo hubiese cirujanos.

Todos los objetos, relucientes, punzantes, agudos, amenazadores, daban un aspecto de gran peluquería y navajería al despacho. Entre todos se destacaban unos enormes fórceps

como unas grandes tenazas para el servicio de la ensalada. En su empaque, en su modo de hablar, en su ranciedad vi en seguida su mal y se lo confesé.

—Usted está enfermo de medicina... Esta enfermedad de usted, un poco del corazón, un poco de la piel, otro poco del hígado, otro poco de anemia, procede de su profesión... Hay que defenderse con una gran fuerza interior de toda profesión, pero de ninguna hay que defenderse tanto como de la medicina, porque es la que más puede estragar la vida y filtrarse en ella [...].

■ Un extraño análisis de orina

Los análisis de orina provocan en el enfermo confianza o depresión. Yo me sonrío de los análisis de orina y los leo siempre con una curiosidad que provoca la clase de documento que podían ser y que no son esos documentos. Ese encasillamiento, esa complicación que se hace de la persona humana son algo bien dispuesto, muestrario de algo que alguna vez será eficaz.

Hoy, los análisis de orina mejores son los que ponderan más las cosas y en los que figuran más componentes. El enfermo tiene ante ellos el consuelo de ver en cuántas cosas se desdobra, en comprobar que hay en él numerosas cosas que no sospechaba, como «nitrógeno ureico», «ácido fosfórico de fosfatos alcalinos», «ácido fosfórico de fosfatos terrosos», «cal», «magnesia», «extracto seco», «oxalato de cal», «urobina», «hemoglobina», «mucina» y «substancias ternarias». El enfermo se siente lleno de elementos que parece que será difícil que el médico extermine y anule. Se siente él mismo una botica con frascos, en cuyas etiquetas pone todas esas cosas. El ver su nombre escrito en la portada del análisis, el ver que casi nunca las cantidades de nada son grandes le da una gran confianza. Envía con cierta vergüenza el frasquito, ambarino y muy envuelto, al doctor, muy tempranito, y espera con inquietud el empadronamiento de sus sustancias tóxicas y medicinales.

[...] Partidario de una medicina, si no contraria, diferente a la de los médicos, nunca había practicado el análisis.

Pero un día apareció en mi visita una mujer tan atemorizada, tan difícil de convencer de que no tenía nada, que desde entonces he impreso también mis análisis, pero con más cosas que los de los demás doctores y con varias hojitas. Son una verdadera novelita interior.

Pido a los más cobardes, a los más inconvenientes de mis enfermos que me envíen la orina, y yo hago mis observaciones, escritas en los libritos.

Gracias a este procedimiento he provocado la reacción de sus grandes depresiones nerviosas en mis enfermos y les he visto mejorar en el mismo momento de recibir mis análisis de orina.

—¡El análisis dice que no tengo nada!

Entre los enfermos tratados con análisis de orina hubo

* Textos reproducidos a partir de la edición publicada por Destino en 1981.

una vez uno tan disparatado, tan confundido por los médicos y tan confundido por sí mismo, que le hice un análisis especial:

Elementos peligrosos: cristalizaciones de seguridad de una enfermedad que no existe.

Cálculos intelectuales: cálculos formados por la distracción pensando en la muerte.

Segmentos: desprendimiento y segmentación de la vida por la duda de la vida.

Recuerdos retrospectivos: exceso.

Sedimentos de reloj: numerosos cálculos de varios relojes.

Aprensiones: aprensión de la pulmonía que ha obrado reflejamente sobre el riñón del lado atacado por la supuesta pulmonía.

■ La que le duele «aquí»

La que le duele «aquí» se podría llamar a esta enferma que se me apareció, andando como Hamlet, en la tranquilidad de un domingo por la tarde.

—Vengo precisamente un domingo, porque supongo que hoy no le distraerán a usted los demás enfermos, y mi caso necesita que usted fije mucho la atención en él —me dijo de sopetón, sin abandonar su postura de Hamlet.

—¿Qué es lo que usted siente? ¿Qué antecedentes tiene su enfermedad? ¿De qué se queja usted?

—Me acaba de hacer las mismas preguntas que los médicos vulgares, que no acaban de curarme... No es esto lo que yo buscaba...

—Bueno. Dígame usted lo que quiera sin necesidad de que yo se lo pregunte.

—Yo sólo le puedo decir que me duele «aquí».

Y al decir «aquí» ni siquiera tocaba el sitio, sino que con un vago ademán señalaba a su costado, en ese sitio en que no hay ningún órgano especial...

—Aquí tengo yo algo —continuó ella— que me va a matar... que me come, que no me deja dormir, que me tiene sacrificada... Y no me pregunte usted lo que como, ni nada, porque he seguido todos los regímenes y no se me va...

—Así es que la duele a usted «aquí» —dije yo, señalando en ese sitio vago y sin entrañas.

—Sí...; «aquí».

—Bueno, ya sé lo que es eso... Hay que operarla inmediatamente... Yo no soy partidario de las operaciones; pero usted es un caso desesperado, urgente, perentorio...

—Eso es lo que yo pensaba... Pues ahí tiene usted... Ningún médico ha acertado con ese diagnóstico... Mañana le espero en mi casa, dispuesta a que me haga la operación...

Nerviosa, lívida, pero sin perder su actitud de Hamlet, desapareció la mujer sin caderas a la que la dolía «aquí».

En seguida llamé a mi amigo y le encargué el papel de ayudante. Él se quería resistir:

—¡Pero si yo no entiendo nada de Medicina!

—No importa —le replicaba yo—; yo sólo voy a hacer el conato de una operación. No voy a hacer sangre, y voy a hacer como que le saco algo con visos de misterio. El higidillo de un cordero, por ejemplo... Se trata de un juego de prestidigitación...

Junto a la cama de la paciente, al otro día, después de haber hecho la operación, recibíamos las caricias de sus miradas de gratitud.

—¡Oh! ¡Qué aliviada me siento!... Pesa menos mi cuerpo... ¡Qué ligera me siento!...

Yo sonreí satisfecho. Ya estaba curada la pobre dama a la que la dolía «aquí». No sentía yo plena alegría, sin embargo, porque, después de todo, como al que se opera de verdad y de verdad se le arranca el cáncer, la misma cantidad de muerte quedaba en la pobre mujer, porque nunca se puede operar de la muerte; la muerte se queda fresca, sana, curada después de la operación admirablemente hecha..., pero dispuesta a matar.

■ Mi termómetro

Mi termómetro es un termómetro falso que no puede señalar más que treinta y siete y cuatro, porque hasta ahí tiene camino el mercurio, y en el resto el cristal es sólido y no deja pasar a la plateada sierpe.

Para mis enfermos también tengo termómetros de esa clase que sustituyo en lugar de los suyos.

No hay nada más nocivo que un termómetro, pero que menos se le pueda quitar al enfermo. Sólo se le puede sustituir. Yo he intentado a veces despojarles del termómetro, rompérselo, tirárselo, y no ha sido posible; siempre ha vuelto el termómetro clandestino con sus brillos de barrita de hielo.

El termómetro, con sus borrosidades en que se pierde la línea del mercurio como en los limbos de la nada entre los limbos del cristal, es aciago, como si fuese una espina que se tragase el enfermo y que se le clavase en el alma.

Contiene el termómetro una inyección de fatalidad irreparable, que se vuelve más irreparable aún después de inyectarse. Ese mercurio inquieto de los termómetros penetra en la vida y pone su columna de frío, que como un fenómeno reflejo o como se quiera se inmiscuye en la columna vertebral.

Se mueve, circula en el torrente circulatorio el termómetro entero, y con sus números, con sus brillos de fría locura, con su *metro* de la vida, medida exacta, breve —tan breve, que parece mentira—, que separa lo que va de la vida a la muerte.

El cuarenta es una obsesión en la frente de los enfermos, que cuando me llaman, y antes de usar mis falsos termómetros, veo como escrito en sus frentes, con ese cuarenta acentuado, de 4 muy pronunciado y redicho.

La enfermedad del termómetro, que complica la enfermedad del paciente, puede acompañarle a la sepultura.

Yo he visto el caso de un enfermo sin fiebre, que porque el termómetro descompuesto había señalado el cuarenta y

uno y medio, había entrado en el período agónico y se había despedido de la vida definitivamente.

[...] Yo sé con la mirada la fiebre que tiene el enfermo, y me obligo así a hallar el grado preciso con su décima o su media décima. Me obliga el no tener termómetros a no abandonarme a la cifra que arroja con su pinta final esa brújula de la enfermedad que anuncia la dirección, pero ni los bajos ni nada de lo que dentro de la fiebre puede ser un obstáculo.

En esa ansiedad de buscar y de hallar la calentura con que se coge el termómetro hay una quiebra segura para el enfermo, cuyo brazo pelikanea fuera del embozo, pues él quiere ver la fiebre que tiene antes de que le engañen.

Esa discusión de:

—Son treinta y siete.

—No. Treinta y siete y medio, cerca de treinta y ocho...

Es una discusión que hace subir a treinta y ocho la fiebre del enfermo.

Hasta los golpes en el aire para bajar el termómetro son golpes en vago, latigazos que también parecen haber agravado la cosa.

■ Eso es de lo mismo

Los enfermos acostumbran a preguntar tantas cosas, que resultan inaguantables sus consultas.

—¿Qué será esto que siento aquí?

—¿Qué será este dolor que me acude a este lado cuando acabo de comer?

—¿Qué serán estas palpitaciones que me atacan a este lado como si me latiese una herida?

—¿Este dolor en el costado será grave?

—Por las mañanas siento un abismo tal en mi estómago, que me parece que voy a caerme en él.

—Siento en las palmas de los pies unos dolores agudos y penetrantes como si pisase clavos en punta.

—Etcétera, etcétera.

Yo, para calmar todos esos dolores, no utilizo más que una frase: «Eso es de lo mismo.»

Eso les calma instantáneamente a los enfermos, y como si les recordase algo grave que ya supiesen, se quedan callados. Es instantánea la eficacia de esa aseveración.

—Eso es de lo mismo.

Y el enfermo lanza un «¡Ah!» de sabiduría, de saciedad, de «¡Ah! ¡También de eso!»

Claro que si él se preguntase: «¿Y *eso* qué es?», no encontraría claro el «eso» de lo que es también «eso» otro; pero a la naturaleza la gusta referirse con tranquilidad a otra cosa y lo que más la asusta es complicar sus males.

Es como si a un loco se le dijese la palabra que le calma, que le aduerme instantáneamente.

En realidad, al decir «Eso es de lo mismo» es como si se diese a oler y se adurmiese al enfermo con una especie de cloformización instantánea.

